CAPITULO SEPTIMO.

Mastai arzobispo de Spoleto.=Estado de la diócesis.=Desórdenes reparados.=Fusion de opiniones.=Revolucion de 1831; los Austriacos llegan á Spoleto.=Mastai les obliga á retroceder.=Desarma á los rebeldes.=Lista de los sospechosos.=Mastai y el agente de policia.=Gregorio XVI envia á Mastai á Roma.=Mastai y su mayordomo.=La pobre mujer y el candelero.

El 21 de Mayo de 1827 fué elevado Mastai á la dignidad de Arzobispo; al llegar á Spoleto, encontró los negocios de su diócesis en un estado análogo al en que se hallaban los del hospicio de S. Miguel cuando fué nombrado su director. A causa de la inaccion de su predecesor, el celo del clero se habia debilitado, y los lazos de la disciplina se habian relajado; reinaba el mayor desórden en la administracion de los bienes de la Iglesia, tanto que la mayor parte de sus rentas se hallaban invertidas en cosas muy agenas á su verdadero destino, y por último el espíritu público se encontraba dividido en multitud de bandos y facciones que diariamente se declaraban la guerra en los salones, en las sociedades secretas y hasta en los parages públicos.

Mastai dedicó un año entero en estudiar el mal antes de ponerle remedio. No comprendiendo el pueblo la causa de esta inaccion, la atribuyó en un principio á insuficiencia ó incapacidad, y se lamentaba de no haber cambiado de Obispo; pero cuando al cabo del año vió reanimarse poco á poco el celo del clero por medio de frecuentes ejercicios de piedad y devocion, restablecerse la regularidad de los monasterios, el órden y la economia hasta en el último eclesiástico, y erigirse á favor de estas reformas establecimientos útiles para instruir á la infancia y ocupar los brazos que carecian de trabajo, recobró su confianza.

El palacio episcopal se hizo el punto de reunion de las diferentes opiniones y partidos, y acogidos todos en los salones del arzobispo con igual afabilidad y benevolencia, siguieron el ejemplo que este les habia dado, se miraron sin odio y acabaron por tenderse la mano.

El secreto de esta metamórfosis que Pio IX realiza paulatinamente en el dia en mas vasta escala, existia únicamente en su corazon: Mastai habia separado á muchas personas de los cargos que desempeñaban, ya por su edad ó por su insuficiencia, reemplazandolas en ellos con sugetos jóvenes ó de mérito; pero esto sin violencia y sin hacer la desgracia de nadie.

Ninguno de los separados quedó descontento, porque encontraron en las ventajas de sus nuevos destinos ó en las satisfacciones del amor propio, una compensacion á la mudanza de sus anteriores cargos.

Se acercaba el tiempo en que Mastai debia recojer

el fruto de la union que habia cimentado, del respeto y del cariño universal que inspiraba.

La revolucion de 1830 acababa de estremecer la Europa; la Bélgica, imitando á Paris, habia recobrado en tres dias su independencia; la Polonia empezaba la lucha sangrienta cuyo fin debia ser tan desastroso. El contagio invadió tambien la Italia: el partido liberal reunió todos los recursos que le daban las asociaciones con la nobleza de las campañas; con la juventud de las escuelas y hasta con el ejército. Una insurreccion general estalló en los estados de la Iglesia, las tropas se unieron en muchos puntos á los sublevados, y el Papa amenazado en la misma Roma, imploró la proteccion del Austria.

La actitud firme de Mastai y sus discursos conciliadores, habian logrado sostener la paz en su diócesis; no se habia alterado el órden en lo mas mínimo: pero bien pronto, arrojados los insurgentes de ciudad en ciudad, de posicion en posicion, retrocediendo siempre ante los austriacos, llegaron hasta Spoleto, y se introdugeron dentro de sus murallas en número de cinco mil. Las tropas estrangeras avanzaban entre tanto; ya no les faltaban sino algunas horas de marcha para llegar á Spoleto, cuando el arzobispo les intimó que se detubieran, asegurándolas que no tendria necesidad de nadie para desarmar á los rebeldes.

Los austriacos se detubieron. Mastai, mientras volvia el correo que habia enviado á Roma, arengó á los sublevados, haciéndoles ver la inutilidad de la resistencia, los peligros que acarrearian á la ciudad entera

persistiendo en combatir, y la desgracia inevitable que á él mismo le esperaba por el paso que se habia atrevido á dar y cuya responsabilidad pesaba toda sobre él.

Conmovidos todos aquellos jóvenes con las palabras de Mastai, renunciaron á prolongar la guerra civil y depositaron sus fusiles á los pies de aquel que debia un dia recompensarles su sumision, y darles espontáneamente, por su plena autoridad, esa libertad que no hubieran nunca conquistado por la revolucion y la violencia.

Fué este un dia de júbilo para Spoleto y para Mastai, asi como aquel en que el redoble siniestro del tambor se perdió en lontananza, y en que los colores tudescos desaparecieron en el horizonte. La ciudad entera se iluminó, y el palacio episcopal fué asaltado por una multitud de personas cuyas aclamaciones estrepitosas no cesaron de testificar su alegria y gratitud.

Era el principio de esas demostraciones entusiastas que tan frecuentes son en Roma desde hace un año.

No le bastaba á Mastai haber desarmado á los rebeldes, necesitaba reconciliarlos con el poder, ó al menos ponerlos al abrigo de sus golpes. Las listas de proscripcion habian sido dirigidas á Roma, y la policia, hacia en las provincias, las mas activas pesquisas.

Uno de sus agentes se presentó un dia al arzobispo: »Ya, le dijo, puedo hacer conocer á Roma los nombres y el asilo de los promovedores de la rebelion: hé

aqui la lista!» y entregó á Mastai un papel que este leyó con una profunda atencion. El fuego ardia en la chimenea sobre la cual se apoyaba Mastai; su mano temblaba. De repente, y fijando en él espia su mirada dulce y límpida, le dijo sonriéndose: »Pobre hijo mio, no conoceis vuestra profesion ni la mia: cuando el lobo quiere engullirse los corderos, se guarda mucho de prevenírselo al pastor del rebaño.» Y arrojó al fuego la lista acusatoria que desapareció bien pronto en las llamas á la vista del agente que se quedó absorto y consternado.

A penas hubo salido, cuando Mastai se apresuró á mandar un aviso á los proscriptos cuyos nombres habia retenido en su memoria: todos se pusieron en salvo, y muchos de ellos debieron á su bolsa los medios de llegar á Toscana y embarcarse.

La noticia de este rasgo generoso del arzobispo llegó bien pronto al Vaticano, envenenada por el espíritu de partido. Entregado Gregorio XVI á los terrores y al sistema de reaccion que fomentaban los miembros mas influyentes del sacro-colegio, se previno, segun dicen, fuertemente contra Mastai y le llamó á Roma bajo pretesto de asistir á la beatificacion de un santo personage, aunque en realidad fué solo para pedirle esplicaciones de su conducta.

Costó poco trabajo al ministro del señor disculparse con el Evangelio en la mano, y Gregorio XVI despues de oirle, desechó sus prevenciones y quiso provárselo confiriéndole un cargo mas importante. Su nombramiento al obispado de Imola, retardado algun tiempo por las instancias de las personas notables de Spoleto que vinieron en diputacion á Roma á suplicar al Papa que les conservase su pastor, tuvo lugar el 17 de diciembre de 1832.

La traslacion desde un arzobispado de jurisdiccion modesta á un obispado mas considerable, mas populoso, mas rico es siempre en Italia un ascenso de consideracion para el titular que toma la denominacion de Arzobispo-Obispo.

La diócesis de Imola, situada en el centro de las provincias mas agitadas de los Estados de la Iglesia, ademas de su mucha estension, tenia una gran importancia en las circunstancias políticas y en la disposicion general de los ánimos.

Se necesitaba que la Romania permaneciese tranquila: una sorda fermentacion paralizaba allí la accion del poder y de la justicia, ineficaz para prevenir las venganzas personales, consecuencias inevitables de las conmociones italianas.

Enviando al foco mas peligroso de la rebelion, á aquel que un año antes acababa de desarmar á los sublevados de Spoleto, el Soberano pontífice demostraba suficientemente la confianza que le inspiraban sus talentos y virtudes.

Mastai se vió precisado á separarse de aquellos á quienes habia unido y protegido contra las facciones, contra las bayonetas estrangeras y contra los abusos del poder interior. Pero el recuerdo de su bondad, quedó grabado en sus corazones, y hoy, despues de quince años, la tradiccion conserva aun entre las gen-

tes del pueblo una multitud de rasgos naturales y tiernos del noble arzobispo. Citaremos uno.

El arzobispo era, en Spoleto, quien socorria todos los infortunios que llegaban á su noticia: asi es que su caja se hallaba frecuentemente vacia. Cuando esto sucedia y el dueño de la casa pedia á su mayordomo que la llenara nuevamente recibia de este, sermones en vez de escudos.

Un dia que Mastai habia sido muy severamente sermoneado por su viejo servidor, lo cual indicaba el lastimoso estado de sus bienes, una mujer se presentó y pidió hablarle á solas.

En cuanto hubo salido el mayordomo, aquella mujer se echó á los pies del arzobispo, trémula, afligida, consternada, sus hijos no habian comido nada desde la vispera; lloró, y las lágrimas asomaron tambien á los ojos de Mastai. Pero al mismo tiempo que la consolaba y la animaba, buscaba en los cajones de su mesa, registraba los bolsillos de su sotana, todo era inutil, no encontraba ni un escudo.... De repente fijó su atencion en dos candeleros de plata que habia sobre la chimenea, cogió uno y presentándoselo á la desgraciada madre, un poco confuso de verse reducido á aquel estremo, la dijo: »La verdad es que en este momento no tengo ni un ochavo, pero os darán lo que necesiteis sobre esta prenda. Yo la desempeñaré mas tarde. Tened cuidado de entregarme á mí, á mí solo, el recibo de empeño.»

Mastai pensaba en su mayordomo. La pobre mujer, orando esta vez de alegria, corrió á casa de un platero, recibió algunos escudos, y sin sospechar siquiera que pudieran seguirla, llevó pan á sus hijos.

Al dia siguiente Mastai la esperó en vano. Tuvo necesidad de confesar al mayordomo todo lo que habia sucedido, porque justamente se ocupaba en empaquetar los muebles, pues al otro dia salian para Imola. En aquella ciudad recibió Mastai una carta del juez de Spoleto, en la que le decia, que un candelero de plata con las armas de el arzobispado, habia sido robado y empeñado por una mendiga que en el momento de su arresto, tenia aun el recibo de empeño.

La sorpresa y el disgusto del digno prelado fueron estremas: »Yo, decia él, yo solo he sido quien ha merecido esa prision!» Facil es presumir que el error seria prontamente reparado, y que este nuevo infortunio, del que Mastai habia sido la causa inocente, atraeria sobre la que lo habia sufrido, nuevos y multiplicados beneficios.